



# Rafel Nadal Días de champán



# Días de champán

Rafel  
Nadal

Traducción de Josep Escarré Reig

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1548

Título original: *Quan en dèiem xampany*

© Rafel Nadal, 2013

© Columna Edicions, Llibres i Comunicació, S. A. U.

© por la traducción del catalán, Josep Escarré Reig, 2014

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

[www.edestino.es](http://www.edestino.es)

Primera edición: octubre de 2021

ISBN: 978-84-233-6015-4

Depósito legal: B. 13.028-2021

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rodesa

Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

## El mayor de can Paró

Francisco Oller, el mayor de can Paró, había subido con Calau a buscar setas a las Gavarres, más arriba de las Dues Rieres. Francisco, que acababa de cumplir dieciséis años, se convirtió en el heredero de can Paró al mes de haber nacido, cuando murió su hermano mayor, Josep, con solo cuatro años. Desde aquel día, se sucedieron los entierros en la familia: primero murió otro hermano más pequeño, Jaume, de dos años; después, en un parto que se complicó, fallecieron a la vez la madre, Maria Martinell, y el pequeño, que iba a llamarse Menna; finalmente, una larga enfermedad pulmonar se llevó al padre, Gaspar Oller, *Gasparó*. Francisco se convirtió en el hombre de la casa, porque la mayor era una chica, Agnès.

Pasaron toda la mañana en la umbría, entre las Dues Rieres y el Puig Gros, y al mediodía, cuando se reunieron, tenían los cestos repletos de setas. Las tormentas de agosto habían descargado con más fuerza en aquella zona de las Gavarres y ahora, a primeros de septiembre, ya aparecían los primeros *ceps* de la temporada; por eso habían ido tan lejos. Francisco sorprendió a Calau:

—Subamos a los Metges.

—¿No te parece bastante lo que hemos cogido?

—Sí, pero allí se estará muy bien a la hora de comer, con este día tan despejado.

El chico de can Paró llevaba días raro, y Calau no quiso contradecirle. Bajaron la hondonada del Daró y subieron a la otra vertiente.

Una hora más tarde comían un pedazo de pan y tocino, con la ermita de los Metges a sus pies, rodeados de romeros y madroños tan cargados de frutos que las ramas parecían a punto de quebrarse. Sentados uno al lado del otro, con la espalda apoyada contra un alcornoque recién pelado, miraban hacia el norte, los ojos perdidos en la llanura del Ampurdán y el golfo de Rosas. El Montgrí se veía tan cerca que daba la impresión de que podían tocar la montaña con la punta de los dedos y, alargando un poco más la mano, incluso habrían podido acariciar el cabo Norfeu.

Escucharon voces que se elevaban desde los bancales que tenían detrás y supusieron que eran *burros* que transportaban planchas de corcho recién sacadas hacia alguna caldera, puede que a can Gironès. Francisco cortó un trozo de tocino y lo sostuvo entre el cuchillo y el dedo gordo. Después partió un trozo de pan y se lo metió todo en la boca con el cuchillo. Masticó despacio, para ganar tiempo y dejar que las palabras se ordenaran en un tono muy solemne.

—Me voy a Francia.

Calau hizo una mueca, pero no dijo nada. Permanecieron en silencio un buen rato, masticando. Francisco cogió la bota. Desde el verano, Agnès ya no le bautizaba el vino. Echó un trago largo y se pasó la manga por la boca.

—¡Maldita sea! Desde la filoxera, aquí ya no hay nada que hacer —insistió y ahora miró a Calau, que seguía inmóvil, con la mirada perdida hacia el norte.

—El viejo Forns dice que unos taponeros catalanes de Reims han dado trabajo a cuadradores de Llagostera. Y parece que también los buscan en Toulouse.

Calau no contestó. Con la punta del pie había arrancado una seta venenosa. La cabeza le daba vueltas tratando de imaginarse cómo sería viajar al norte: pensó que quizá él también podría irse. Después se dio cuenta de que no tendría valor para abandonar a su madre y empezó a marearse. Francisco era huérfano, no tenía ataduras, y estaba cargado de razón: hacía cuatro años que en el pueblo todos habían perdido las viñas y también habían dejado de cortar cuadrados para hacer tapones de corcho, porque desde la plaga nadie los compraba.

Se levantó y pisó con rabia el boleto de Satanás, que había quedado boca arriba; el musgo amarillo se había vuelto morado.

—Bajemos —se limitó a decir—. Pronto refrescará.

Descendieron por los senderos de misa. En can Gironès, los hombres entraban y salían del bosque cargados de planchas de corcho y las iban dejando en la era para el primer hervor. Otro grupo apilaba los fardos ya hervidos en la pila para que el corcho reposara hasta el verano siguiente; Francisco pensó que en el almacén al aire libre, de lejos, las pilas de corcho parecían una colmena gigante. Adelantaron a un carro que bajaba planchas reblandecidas, del año anterior, hacia los almacenes de Cassà o de Llagostera, que empezaban a estar saturados: los propietarios seguían de saca en los alcornos, pero si las cosas no mejoraban, pronto nadie compraría el corcho.

Volvieron a ascender para rodear el Puig Gros y cuando tuvieron el pueblo a sus pies decidieron llegar hasta él por el camino de la Verneda. Ya estaban abajo, junto a cal Rebitxo, cuando Calau rompió el silencio:

—¡Mierda de filoxera!

# El día de la partida

A partir de aquel día, Calau se volvió escurridizo. Cuando Francisco se presentaba en su casa, a primera hora, le decían que se había ido cuando aún era de noche. Hacía días que le oían llegar cuando ya se habían acostado.

—No sé qué le ocurre. No nos ayuda con los cuadros, y no llegaremos a tiempo de entregar el único encargo que nos han hecho en todo el año —se lamentaba la madre, preocupada.

Durante cuatro o cinco días, Francisco intentó localizarle. Se presentaba en su casa, cada día un poco más temprano, hasta que terminó aceptando que Calau no quería saber nada de él y lo dejó por imposible. Las horas que antes pasaban en el bosque las ocupó con un curso intensivo de francés: el señor Forns acababa de regresar de Argelia para trabajar en el proyecto del *tren pequeño*, de Gerona a Sant Feliu de Guíxols, y le daba clases gratis. La víspera de la Purísima Concepción encontró un sitio en la tartana del viejo Fullaca para bajar a la costa, a Sant Feliu. En el puerto apalabró un pasaje para la primavera en un barco que cada mes cargaba corcho hasta Sète. El señor Forns le había conseguido el contacto.

En Navidad no pudieron matar ningún pollo, pero

Francisco se espabiló para poner ballestas y también subió a Santa Pellaia con la escopeta: Agnès pudo freír una buena parrillada de tordos y preparó una cazuela de arroz con conejo de bosque; la acompañó con los cardenales que habían salado cuando Calau todavía lo acompañaba todas las mañanas a buscar setas en los bosques de las Gavarres y, por las tardes, ranas en las pozas de la Verneda.

El primer día de marzo de 1885, cuando apenas amanecía, se concentró una multitud ante la puerta del número 21 de la calle Avall. Los primeros en llegar fueron su tía, con una manta para el viaje, y sus primos, que le llevaban pan con tortilla de judías y butifarra. Enseguida se presentó el cura, que a toda costa quería bendecirlo, y después fueron llegando las vecinas, que le abrazaban como si nunca fuera a regresar. También estaba el señor Forns, que le había prometido que le acompañaría hasta Sant Feliu de Guíxols. Cuando llegó Fullaca con la tartana, Francisco no se lo podía creer: con las riendas de la yegua en la mano, era Calau quien conducía. Le saludó como si no se hubieran dejado de ver:

—¡Vamos, muchacho, que vas a perder el barco!  
—gritó. Y se echó a reír como un loco.

Francisco levantó la mano para despedirse de todos. Abrazó una vez más a sus hermanos Agnès y Joan, que estaban llorando, y se subió a la tartana.

La niebla se mezclaba con el humo de los dos talleres que habían sobrevivido a la filoxera, y el olor a corcho hervido los acompañó hasta las afueras de Llagostera. Cuando se disponían a bajar por el camino de Solius, Francisco le pidió a Calau que parase un mo-



mento. Se bajó de la tartana y se quedó de pie, mirando hacia Cassà para tratar de retener la silueta del campanario, pero pronto desistió. Pensó que, a partir de aquel día, no debía recordar nada de su pueblo.

Calau vio un nubarrón que se acercaba por levante, por encima de los bosques de Romanyà.

—Vamos, que está tronando.

—Calau lleva razón. Si queremos estar al mediodía en Sant Feliu, no podemos entretenernos. Aún nos queda un trecho —asintió Fullaca.

Y los cuatro se apresuraron a subir de nuevo: el carretero y los dos chicos, de un brinco, en el banco delantero de la tartana; el viejo Forns, más despacio, apuntalando el culo en las tablas traseras y girando las piernas hacia el interior de la caja.

Al mediodía llegaron a Sant Feliu. Fullaca detuvo el carruaje en el paseo, junto a la arena, y Francisco vio por primera vez el barco que lo había de llevar hasta Sète. El *Verge de Montserrat* se hallaba fondeado en medio de la bahía; un montón de barcas iban y venían desde la playa, cargando provisiones al tres palos. Las planchas de corcho ya estaban en las bodegas y también se veían fardos en la cubierta.

—Con tanto corcho no hay peligro de que os hundáis —bromeó el señor Forns cuando vio que Francisco miraba con aprensión la tormenta que ya descargaba en alta mar—. ¡Piensa que el corcho flota tanto que los romanos ya lo usaban para fabricar boyas y lo encorchaban en las redes! —añadió, como si le estuviera impartiendo una clase.

Calau ayudó a Francisco a subir su equipaje a una de las barcas y lo acompañó a bordo. Cuando hubieron descargado el baúl, se acercó a él, fingiendo desinterés.

—Te he traído algo.

Y se sacó del bolsillo un frasco de cristal, con la tapa agujerada y una rana verde que respiraba hinchando todo su cuerpo.

—Es de las balsas de la Verneda. ¡La primera del año! Con este frío no he podido encontrar ningún grillo —se disculpó—. Te habría dado la tabarra durante todo el viaje, pero la rana quizá consiga que tardes un poco más en olvidarnos.

—¡No os olvidaré nunca, burro!

—Pues harás mal. Es lo que te conviene. Si te vas, te vas. Y sanseacabó.

Cuando regresaron a la playa, el viejo Forns también tenía un regalo, un libro encuadernado en piel que Francisco reconoció enseguida: *Le Comte de Monte-Cristo*. Lo habían utilizado aquellos últimos meses en las clases de francés. Abrazó al señor Forns, que también parecía emocionado. Después volvió a abrazar a Calau, se dio media vuelta, corrió hacia la barca y se sentó de espaldas a la playa, para ocultarles su emoción.

Los marineros remaban deprisa y enseguida se alejaron de la arena. Francisco aprovechó para mirar atrás y vio al señor Forns y a Calau diciéndole adiós con la mano. Se puso de pie de un brinco y empezó a mover los brazos.

—Siéntate o volcarás la barca —le gritó uno de los marineros.

Cuando anochecía aún no habían levado anclas. Se quedó en cubierta, agarrando con fuerza el frasco con la rana de Calau, y le pareció distinguir dos manchas en la arena, pero no debían de ser ellos, porque ya hacía un buen rato que no se veía la tartana.

Por la noche, cuando entró en la bodega, abrió su baúl y palpó las pocas cosas que se llevaba a Francia: la

cuchilla de cortar corcho y el cuchillo grande de su padre; el último cuadro que había cortado su padre antes de morir y la medalla de la Virgen de los Ángeles de su madre, que Agnès le había puesto en las manos por la mañana, cuando ya subía a la tartana. También palpó el frasco de cristal con la rana de Calau y el libro en francés del señor Forns; se moría de ganas de leerlo, pero no podía encender una vela, porque los marineros ya estaban dormidos.

Recordó las palabras de Calau y las repitió en voz baja:

—Es lo que te conviene. Si te vas, te vas. Y sanseacabó.

Y él también se quedó dormido.